
REFLEXION I.

Necesidad de un escrito sobre los daños del juego, y razón de emprender éste.

Una pasión vil por su fin, detestable por su fomento, infame por sus medios y funesta en sus consecuencias, se ha erigido entre nosotros por deidad soberana, á quien sirven de pedestal la naturaleza y la religión, y los demás vicios han cedido sus altares y sus aras, como los dioses á Júpiter sus templos, para que se le edificara el famoso del Capitolio. Tal es el juego, que animado del interés, fomentado por la ociosidad, sirviéndose de los fraudes, y causando los mayores estragos, á manera de un fuerte torbellino ó de un huracán impetuoso, ha envuelto y arrastrado tras sí á personas de todas clases.

En vano clama contra él la religión, y á su vista se horroriza la naturaleza: su dominio es casi universal, y aun las mismas pasiones, ó desaparecen en su presencia ó le dirigen los cultos que á ellas las tributan sus adoradores. El goloso no se acuerda de la comida; el mezquino abre las manos, y el avaro sus talegos; el vano y orgulloso, que se cree superior á todos, se iguala con los ínfimos; el soberbio se humilla al más vil, cuyos auxilios necesita; el delicado tolera en pie ó en la postura más incómoda muchas horas; el sexo vergonzoso se descara y pierde su pudor; hasta los enamorados se olvidan de sus citas y visitas, y lo que es más, aun estando presentes sus ídolos, no son girasoles de sus hermosuras, ni éstas imán de sus corazones. Todo cede á la violencia de una pasión que, como un torrente de fuego, ha abrasado las ciudades y los pueblos, llevando por todas partes la ruina y la desolación.

Cuando Tarquino consagró á Júpiter el templo del Capitolio, todos los

otros dioses le cedieron, dice Ovidio, á excepción del que los Romanos llamaron Término, quien por lo mismo se colocó á su lado.¹ ¡Ojalá que si quiera á esta ficción de los gentiles, correspondiese la dominación tiránica del juego! Pero á él ha cedido el término mismo, en lo que consiste sea despótico. No tiene término ni en el tiempo, ni en la cantidad, ni en las personas. Quiere se le dediquen todas las horas, haciendo día de la misma noche: devora los caudales, disipando aún los precisos y sagrados, y se maneja con tal rigor con los que le rinden homenaje, que sus plantas no macollan, si no se riegan con sangre, sus edificios no se levantan, sino sobre las ruinas de los que se destruyen, sus banderas no se tremolan, sino sobre montones de cadáveres, y es un ídolo, que no recibe más cultos que los sacrificios, y unos sacrificios en que, equivocándose el holocausto, el

¹ Terminus, ut Veteres memorant, conventus in Urbe Restitit, et Magno cum Yove templa tenet. Lib. 2. Fast.

sacerdote y el adorador, son víctimas los mismos que las ofrecen.

Pero qué, dirá alguno, ¿tal cúmulo de desórdenes no ha puesto en movimiento y concitado contra sí innumerables plumas que lo impugnen? Sí, se han empleado en este asunto las más graves y autorizadas. Una y otra potestad, eclesiástica y secular, han fulminado contra el juego sus cánones y sanciones: lo han rebatido los Padres de la Iglesia, particularmente San Cipriano: han hablado sobre él los teólogos, en especial Francisco Alcocer, que compuso un tratado de la materia; pero ¡ah! que el dialecto latino de que usaron, desconocido de la mayor parte de los jugadores, es un velo que oculta á la vista de éstos sus escritos. A más de que sólo trataron la materia en lo moral, y aun resta mucho que decir de ella en lo físico.

El sermón de Lafitan, y la pastoral del Illmo. Sr. López Gonzalo, concnientes á este punto y que corren en nuestro idioma, ciñéndose á las

precisas márgenes de una oración y de una carta, no pudieron hablar con la difusión que exige la materia, mayormente en nuestros días en que ha llegado al mayor incremento su relajación. Ni es bastante la carta de Constantino¹ y lo poco que traen el Eusebio² y Uvantón,³ aun estando concebido lo de este último en el estilo burlesco, que ha probado también para corregir otros defectos.

Es, pues, de desear un escrito, que no sólo haga ver á los jugadores los motivos de religión que destruyen las ideas y opiniones erradas, que han formado de su profesión, para conservarse en una falsa tranquilidad de conciencia; sino que también les ponga delante con el mayor patetismo los daños temporales que acarrea el juego, y que aunque pasan por sí, se los impiden ver con claridad las vendas que ha echado á sus ojos su pasión. Pero cuando está clamando

1 Cartas críticas. Tom. 3. la del Juego.

2 Parte 2. Lib. 4.

3 País de las Monas. Tom. 2. Cap. 23.

por él nuestra actual constitución, descansan en este punto las plumas de nuestros buenos escritores, no despliegan sus lenguas nuestros sabios, y en vez de combatir tan formidable monstruo, se mantienen con sus espadas á la cinta. Yo creí debía empuñar y desenvainar la mía, que aunque débil para herir, quizá será bastante para incitar otras mejores y despertar las plumas que duermen, y que puestas en acción son capaces de obtener la victoria.

A esto se añade haber yo también caído alguna vez en la red universal. Esta fragilidad (de que podía disculparme, pero de lo que no trato) no tengo pudor de confesarla, cuando no lo tuve de su ejecución. Ella me ha puesto en estado de poder hablar menos mal, que antes, en la materia: me confirmó en mi antigua aversión al juego, como solidó la fe de un Apóstol su incredulidad, y es el principal motivo de emprender esta tarea, para reparar con ella los daños que tal vez pudo causar mi mal ejemplo. Vi-

vo entendido en que á nadie persuadirán mis lánguidos discursos; pero aunque no conviertan á otros, darán testimonio de mi propia conversión, y de que, si los jugadores empiezan siempre engañados, y acaban engañando, como dijo la poetisa Madama Houlières,¹ yo, aunque comencé como todos, no acabo del mismo modo, sino desengañando.

1 Citada por Feijóo. Tom. 2. Carta 7. N. 5.

REFLEXION II.

Origen y división de los juegos, para discernir los dañosos de los que no lo son.

El juego nació de la necesidad, se nutrió á los pechos de la religión, se oreó en los brazos de la virtud, creció á la sombra del placer y la ociosidad, y se enfermó por el vicio que le trajo mil achaques. Su cuna fué Lydia, país de la Asia, cuyos habitantes combatidos en tiempo de su Príncipe Atys de la carestía y el hambre, para engañarla y entretenerla, inventaron, según Herodoto,¹ los juegos. Es verdad que Platón atribuye algunos á los egipcios, y Sófocles á Palamedes, introducidos con el mismo fin de divertir el hambre; pero

¹ Lib. 1. Esta época es 550 años antes de Jesu-Christo.

los más, y probablemente los primeros, reconocen por autores á los Lydios, por lo que los latinos los llamaron *Lydi*, y con poca corrupción *Ludi*.

En seguida los adoptó la religión de los pueblos, para solemnizar con ellos las festividades de sus dioses. Bajo este aspecto tan sagrado los abrazaron gustosos los hebreos y los egipcios, los griegos y los romanos, y éstos los propagaron á las demás naciones, á proporción que con su imperio extendían su religión y sus costumbres.

La virtud encontró en ellos un pábulo abundante digno de su atención. El fomento de la sociedad, el ejercicio moderado, tan conveniente para conservar la salud, ejercitar las fuerzas del cuerpo para tenerlas prontas en defensa de la patria, industriarse y perfeccionarse en las artes de la guerra, y demás necesarias á la vida, sobre todo, recrear el espíritu fatigado del trabajo para emprender con nuevo vigor las ocupaciones serias,

son las conveniencias que ministraron los juegos, y otras tantas razones que empeñaron á la virtud en fomentarlos y cultivarlos. Pero no fué este el principio á que debieron sus mayores auges: nuestra propia constitución y naturaleza fué su verdadero origen.

El hombre está casi siempre combatido de una continua lucha entre la ociosidad, que le causa tedio, y el trabajo, que le fatiga. Aquella sucesión interminable de diversos pensamientos é ideas, que no puede faltar cuando está despierto, traen alterados su entendimiento y fantasía, mientras no se fija á un objeto determinado; pero si éste es serio, lo cansa y lo fastidia, porque lo arrastran sus inclinaciones al placer. Sólo en el juego halla combinadas todas las circunstancias, que parecía imposible unirse para calmar la pugna interior que lo agita. En él descubrió una ocupación, que lo libra de la ociosidad, sin precisarlo al trabajo, y que divierte sus pensamientos, sin abs-

traerlo del regocijo: razón porque nuestro idioma lo llamó *Juego*, de la voz latina *Yocus*, que significa alegría, y que también suele aplicarle aquel dialecto¹. A la sombra de estas utilidades era muy consiguiente adquiriera notables creces.

Pero como nuestra propensión al mal, todo lo vicia y lo corrompe, estragó también los juegos, llenándolos de tantas dolencias y defectos que, á imitación de los Israelitas con los leprosos, debemos arrojarlos de entre nosotros, como una peste contagiosa de cura desesperada y de peores resultas. Bien es que no fué igual en ellos la corrupción, quedando unos más inficionados que otros, según sus mayores ó menores disposiciones, por lo que es preciso distinguirlos.

Todos, como líneas tiradas á un punto central, convienen en el fin de agradar y entretener. O bien se use

1. Ovidius, lib. 3. de Arte Amand. usurpat Yocum pro ludu, et Horatius ludum pro jocu. lib. 1. Cicero lib. 1. de Offic. hec habet: Unum genus jocandi est illiberale, petulans &^a.

de las palabras, como en los juegos escénicos ó teatrales; ó ya de las acciones, como en el baile y carrera: ó bien deleiten al oído, como el canto y música; ó ya á la vista, como los espectáculos: ó bien se tome por instrumento á los animales, como en las luchas y corridas: ó ya á las cosas inanimadas, como los dados y los naipes, siempre se dirigen como objeto á la diversión.

Unos son públicos, por celebrarse en los anfiteatros en el concurso del pueblo, de los cuales usaban los paganos en sus solemnidades; y otros privados, que se practican en las casas particulares. Los primeros por sí mismos, y sin otro agregado, que los vicia, son inocentes. El daño consiste en los segundos, especialmente en la baraja, que para diversión de Carlos VI, Rey de Francia, inventó Nicolás Pepino, por lo que se observó mucho tiempo poner en una de las cartas, las iniciales de su nombre y apellido N. y P., de donde se llamó *Naype*: invento, que ha hecho más es-

tragos en la paz, que el de la pólvora en la guerra.

Estos mismos del segundo género, se dividen en juegos de suerte y azar en que sólo deciden la fortuna y acaso, como los dados y albures: juegos de industria, como el de damas y ajedrez: y mixtos de uno y otro, como la Pretera, Malilla, y los demás de Baraja, que llaman carteados. No interviniendo apuesta, ningunos son nocivos; pero si esta media, son prohibidos y dañosos los primeros, permitidos los segundos, y tolerados los terceros, con tal que no sean de envite, ni los estrague un excesivo interés: porque en este caso así ellos, como los segundos y primeros, son perjudiciales á la República, y dañan á los particulares.

REFLEXION III.

De los perjuicios que trae el juego á la República y primeramente de su oposición á la sociedad y trato civil.

La República es un conjunto de hombres, que forman un cuerpo político para ayudarse mutuamente á pasar la vida con descanso. Son, pues, los individuos los miembros de cuya unión resulta el todo de la República. El fin y necesidad de esta unión, son sus propios destinos y tareas: porque si no hubiera la distinción de diversas profesiones, y cada uno no contara sino consigo solo, ¿cómo podría cultivar la tierra para proporcionarse sustento, fabricar su morada, beneficiar y tejer las telas para cubrir sus carnes, formarse sus vestidos y calzados, condimentar su alimento, defen-

der sus posesiones, y ejercitar tantas otras operaciones indispensables para subsistir, y para las cuales, aun dado el imposible de que poseyese la pericia suficiente, le faltarían el tiempo y las fuerzas? Finalmente el vínculo que los enlaza, y el alma toda de su unión es la sociedad.

Cualquiera máquina se desconcierta por el desarreglo de un solo resorte. Pues ¿qué trastorno, qué perjuicios no resentirá la República del juego, que la hiere en todas sus partes? Él rompe las ligas de la sociedad, destruye el fin de su unión, corrompe y quita á la República sus miembros. Tres reflexiones que demandan tratarse cada una de por sí, y por lo mismo en la presente sólo hablaré de la primera, dejando para las siguientes las dos posteriores.

¿Y quién podrá dudar que este vicio se opone á la sociedad y trato civil, con que alguna vez haya visto una mesa de juego? La rodea un cerco de hombres, de los que sólo los inmediatos logran asiento con inco-

modidad, estando los demás en pie, apiñándose unos con otros y alargando los pescuezos: la cuadro se llena en breve de las cálidas exhalaciones de los cuerpos y de las continuas humaredas de los que fuman: un profundo silencio y una atención suma ocupa á los circunstantes: se esparce por los semblantes una melancólica severidad, que da indicio de la aflicción y violencia, que agita los espíritus: se suspenden las mociones y afectos de las demás pasiones: todos están pendientes de la suerte, que es la deidad que preside la asamblea, y decide despóticamente de las fortunas y desgracias: un cartón, una figurilla ridícula que el acaso colocó sobre otras, después de haber tenido pálidos los rostros en su expectación, al descubrirse, alegra á unos, de que suelen dar señales en sus risadas y jactancias, á otros los deja mustios y fruncidos, obliga á otros á morderse un labio, ó á agarrarse la cabeza; aquel ánimo fogoso, que no puede sufrir el azar, prorrumpe en voces des-

compuestas, quien da una fuerte palmada en la mesa ó en su frente, y tal vez estruja, rompe y hace ademán de comerse las cartas.

Estos lances, ya prósperos, ya adversos, sucediéndose incesantemente el silencio y la algazara, alternan de unos á otros, circulando por todos el dinero, que tan presto los enriquece como los empobrece, volviéndolos á enriquecer y empobrecer, porque el dios que adoran, parece juega con ellos y se complace de burlarlos. ¡Qué horrorosa pintural Pues no es más que la superficie, la corteza, y como la primer cortina, que he levantado para descubrir el mal que encierran los jugadores.

El espíritu que los congrega y reina en ellos, es la codicia. Luego que el juego llega á ser excesivo, pasa de pasión á furor, que trasforma á los hombres, volviéndolos sordos é insensibles aún á los gritos y sentimientos de la naturaleza. No reconocen en sus asambleas, ni obligaciones, ni dignidades, ni respetos. Sólo se aprecia al

que trae dinero, sea quien fuere, y se desatiende al más condecorado, si viene sin él. El que gana, irrita, y causa alegría el mal del prójimo en sus pérdidas. Los vínculos, las amistades, los parentescos son voces vacías, que no tienen significado en el juego: los mismos hermanos, los padres y los hijos se tiran mutuamente, porque allí todos son enemigos, y no se atiende sino al dinero.

De allí es que se forjen tantas sátiras picantes contra quien gana, atribuyendo más cantidad de la que le dió la suerte: que se fragüen tantas mentiras, para engañar al que presta, y no pagar al que se le debe, aumentando las pérdidas y disminuyendo las ganancias: que se murmure al ciudadano honrado y sensato que no sigue la misma profesión, porque no viene á tributar sus monedas: que se enciendan tantas disputas y porfias, que dividen las voluntades: que se originen tantas discordias, riñas y desafios, hasta llegar á las manos y causar muertes y alborotos: que nazcan

unas enemistades tan sangrientas, que duran toda la vida y pasan á los herederos para muchas generaciones: de ahí es, en fin, que el marido desatienda á su mujer, el padre no se dedique á la educación de sus hijos, ni nadie cuide de su familia.

Díganlo tantos matrimonios, que por el vicio del juego se han descompuesto, tantas niñas mal casadas, tantas doncellas prostituídas, tantas desnudeces, hambres y miserias que muchos sufren por este principio, tantas casas reducidas de la opulencia á la pobreza, tantas familias degradadas de su nobleza y confundidas con la plebe, tantas quiebras, descubiertos, embargos, perjuicios y litigios.

Pero ¡qué mucho, si un jugador de oficio nada tiene de humano sino la apariencia! según la célebre sentencia de Madama Houlieres.¹ ¿Ni qué otra cosa puede esperarse, sino desastres de un congreso, que anima la pasión vilísima del interés? Por esta razón dijo muy bien Feijóo: «que el

¹ En Feijóo, tom. 2. Cart. 7. n. 5.

jugar grueso, sólo se debería permitir entre naciones enemigas en tiempo de guerra, como es permitido entonces el recíproco pillaje; porque ¿qué diferencia hay en la substancia entre uno y otro?»¹

Y una profesión de esta clase, unos hombres de tal calibre, ¿no destruyen el trato civil, que debe dirigirse por la caridad al provecho de nuestros semejantes, enlazando íntimamente á los unos con los otros? ¿Habrá quien no lo conozca, á vista de tantas escenas trágicas, como frecuentemente nos presenta? Yo me imagino las casas de juego como un campo de batalla, y al juego mismo como la guerra más sangrienta que se hace á la República, cuya imagen me la represento lánguida y desfallecida, mirando con dolor, rotos los más estrechos vínculos de la sociedad, divididos los ánimos con las disensiones; perturba su quietud é introducidas las desdichas: golpes todos, que la aproximan á cada paso á los bordes de su ruina.

¹ Allí mismo, n. 6.

REFLEXION IV.

El juego destruye el fin por que se unieron los hombres en un cuerpo político.

¡Qué sabroso cuadro aquel en que me represento á todos los hombres puestos en movimiento para mi utilidad y para recompensarme las fatigas de mi profesión! Por una parte veo los sudores del labrador, por otra, las maniobras del artesano, aquí las faenas del navegante para el fomento del comercio, allí los trabajos del soldado, más allá las tareas de los sabios, hacia aquella parte los desvelos del monarca, más arriba las sagradas ocupaciones del sacerdote, y todo dirigido á auxiliarse mutuamente los unos á los otros. Este es el fin de haberse asociado en un cuerpo de República. Así imitan, no sólo á la na-